

AÑO VI GUADIX (GRANADA) 31 DE ENERO DE 1922.

NÚMERO 61

ESCLAVA Y REINA

REVISTA
MARIANA

Director: M. I. Sr. D. Francisco Salvador Ramón, canónigo
Censor: M. I. Sr. D. Juan de Dios Ponce, Lectoral

PUBLICACION
MENSUAL



DIVINA INFANTITA, RUEGA POR NOSOTROS

SUMARIO

	<u>Págs.</u>		<u>Pág.</u>
Benedicto XV. (Luto del alma.)	1	¿Quién es el autor del libro de la	
De San Ildefonso	2	Imitación de Cristo?	17
La Verdadera Devoción a la Santí-		Sermón de los Santos Reyes.	21
sima Virgen	3	Correspondencia Administrativa.	27
Bibliografías.	5	La última obra del Cardenal Al-	
Sección Canónica	6	maraz, Primado de España.	27
La Religión y el mundo actual.	10	Algo práctico de nuestra campaña.	29
Enseñanzas	12	Esclava y Reina en Marruecos.	31



FÁBRICA DE ORNAMENTOS PARA IGLESIA

Fundada en 1820

CASA GARIN

Esta casa es la más antigua de España por lo que más acredita a su numerosa clientela, la confianza en sus productos: en tejidos de seda, oro y plata, toda clase de tejidos especiales, bordados desde lo más sencillo a lo más rico, garantizado en calidad.

Se restauran ornamentos antiguos

PASAMANERÍA, ENCAJES, TAPICERÍA, IMAGENES Y METALES

Remite gratis catálogos, muestras y presupuestos.

MAYOR, 33.—MADRID



BENEDICTO XV

LUTO DEL ALMA

UN Papa más, otro Pontífice ha bajado al sepulcro, orlando de nuevas glorias al Pontificado, que si por el número de años que ha regido los destinos de la Iglesia no fué corto su reinado, lo fué, sin duda, por la muchedumbre de sus magnas empresas; iniciadas las unas en vía de ejecución, otras y no pocas tocando a su fin, y así han quedado y, tal vez, para siempre.

Benedicto XV ha logrado ser la primera figura entre los grandes hombres de este tiempo; así debía ser y así fué, porque ninguno de los actuales directores de las naciones podía tener punto de vista más alto ni menos celajes para mirar a él con mirada exenta de las humanas ambiciones y de bastardos intereses.

Fué, verdaderamente, Benedicto XV un águila, que, remontándose con la majestad de su penetrante ingenio, sobre todas las humanas ruinas, hacinadas en los inmensos derrumbaderos de la falsa ciencia, y de las costumbres más nefandas, y de la guerra más bárbara, y de las revoluciones sociales más expantosas hasta las más altas cumbres de la vida mundial, en todos influyó con la sabiduría de los más esclarecidos estadistas modernos, con la bondad del hombre de más rectas intenciones, con la fuerza del que todo lo sacrifica y se ofrece en constante sacrificio por la paz y engrandecimiento del mundo.

Al lado del Papa es difícil hacer par.

Nosotros no pretendemos hacer un retrato del Pontífice de la paz, de las misiones del amor, . . . que todos éstos y otros calificativos se le han aplicado con muy justa razón; nosotros de Benedicto XV sólo queremos decir que lo amábamos como los hijos aman a sus padres, porque al Pontífice de los admirables atisbos, de las luminosas visiones del porvenir le debemos la gracia más singular que podíamos esperar en este mundo y que recibimos de su mano generosa, como prenda de que nuestros afanes no eran reprochados en el cielo cuando el Vicario de Cristo por modo singular los aprobaba.

Nuestra Soberana Reina la Divina Infantita habrá premiado cuanto por la gloria de Ella hizo el llorado Pontífice, del que jamás se borrará el recuerdo de nuestra memoria, y para el que siempre tendremos una lágrima en nuestros ojos y un ardentísimo afecto en nuestros corazones.



De San Ildefonso

(Tomamos de la revista «La Inmaculada de la Medalla Milagrosa, lo siguiente:)

SEAN los devotos de la Virgen lo que San Ildefonso, Obispo Toledano de mitad del siglo VII (murió en 669), escribe acerca de la esclavitud de la Madre de Dios:

«Para que yo, malamente engañado, desee para mi reparación hacerme siervo de la Madre de mi Señor; para que yo, apartado desde mi primer padre de la comunión angélica, merezca convertirme en siervo de la Esclava y Madre de mi Hacedor; para que yo, obra idónea en la mano del sumo Dios, logre vivir encadenado en devoción de servidumbre, a la eterna servidumbre de la Virgen Madre; concédeme, ¡oh Jesús Dios! Hijo del hombre, Señor de todas las cosas e hijo de tu sierva, Dios humilde en tu humanidad, hombre glorioso en tu Divinidad, concédeme que crea del parto de la Virgen, lo que complete mi fe en tu Encarnación, que hable de la virginidad materna, lo que llene mi boca de tu alabanza, que ame en tu Madre, lo que me sirva para completar en mí tu amor, que de tal manera sirva a tu Madre, que con ese mismo servicio me prueves que te he servido a Ti; que de tal suerte Ella sea mi Señora, que de su mismo señorío conozca yo que te he agradado a Ti; que de tal modo sea Ella mi Señora en el tiempo, que Tú seas mi Señor en la eternidad.

.....

«Ardientemente deseo, que la Madre de Cristo me domine, para ser yo siervo de su Hijo; propongo servirla, para que su Hijo sea mi Señor; y como prueba y testimonio de que sirvo a Dios busco el dominio de su Madre sobre mí; para ser devoto siervo del Hijo, anhelo hacerme siervo de su Madre, pues así redundará en gloria del Señor y del Hijo, lo que se hace en servicio de la Esclava y de la Madre, así pasa al Rey el honor que se da a la Reina sirviéndola.» (Liber de Virginitate perpetua V. Maríae, c. 12).

«Ofrezco a los lectores de la Revista estos bellos pensamientos de San Ildefonso en la humilde maceta de una traducción literalísima, para no añadir nada de mío.

«Lástima que no sea más leído este antiguo devoto de la Virgen, el cual, a pesar de lo amanerado de su estilo, tan recargado de sinónimos, es acaso el primero y más grande predecesor de San Bernardo en las dulces efusiones de amor a María; tanto que a veces cuesta no creer que el glorioso Abad de Clavaul no le haya copiado.

Léanlo, léanlo los predicadores de María, y muy a menudo se hallarán sorprendidos por frases tan profundas y gráficas como esta: «Inde (en la Encarnación de Cristo en las entrañas de María) in imis summa perveniunt, inde in summis ima pertingunt.»

E. ESCRIBANO. C. M.



La Verdadera devoción a la Santísima Virgen

PARTE PRIMERA

CAPITULO II

Discernimiento de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen.

Artículo I

Las falsas devociones a la Stma. Virgen

§ 4.º - Los devotos presuntuosos.

EN una época como la nuestra, la presunción es un vicio que penetra lo más íntimo del corazón social; nada se escapa del ambiente deletéreo y sutil de esa pasión que empieza por sustentarse de la más refinada vanidad y acaba por levantarse en guida sobre la más execrable soberbia. He aquí por qué nunca la presunción ralló más alto en el mundo. El hombre se ha creído capaz de alcanzar por sí mismo la perfección, estamos en los tiempos de los *super* hombres, y tanto se ha profundizado en este abismo de la humana soberbia que la idea de Dios casi se ha esfumado en el tranquilo ambiente de la Teodicea y ha sido relegado al lugar de las cosas inútiles el Dios de la divina Teología.

Es evidente que olvidados los hombres de Dios y de todo lo que a El nos lleva puede decirse, en general, que en nuestros tiempos, por excepción, hay devotos presuntuosos, de los que pertenecen a la segunda clase que señala el angélico Doctor, o sea, aquellos que tan inmoderadamente esperan en Dios, que hasta en contra de la divina justicia presumen salvarse. De éstos en especial trata nuestro bienaventurado vidente montfortiano en este capítulo, sin dejar de referirse a los otros, más que soberbios vanidosos, que esperan conseguirlo todo de sus propias fuerzas. Pero de éstos decimos, como de los primeros, si es tan reducido el número de los que piensan en su propia salvación y tan tibio el empeño que en ello ponen, prácticamente apenas, si hoy se hallarán devotos de esta clase; aunque no hacemos afirmación absoluta, porque a la vista tenemos nosotros mismos ejemplares de esta clase de falsos devotos, y haga nuestra Inmaculada Reina, la Divina Infantita, que, todos los que en estas líneas fijamos nuestra vista, no caigamos en este ruinoso vicio, del que con relativa exten-

sión nos habla nuestro amadísimo Maestro; razón, por la cual, nos creemos excusados de insistir más, por nuestra parte, una vez prenotado lo que antecede.

Nuestro Maestro en la Verdadera Devoción a María Santísima con la claridad y fervor que lo distinguen dice:

«Devotos *presuntuosos* son los pecadores que viven abandonados a las pasiones, o amadores del mundo que, bajo el hermoso nombre de cristianos y de devotos de la Santísima Virgen, ocultan el orgullo o la avaricia, o la impureza, o la embriaguez, o la cólera, o el perjurio, o la maledicencia, o la injusticia, etc.; que duermen tranquilos en sus malos hábitos, sin hacerse mucha violencia para corregirse, con el pretexto de que son devotos de María; que esperan que Dios los perdonará, que no morirán sin confesión, y que no se condenarán, porque rezan el Rosario, porque ayunan los sábados, porque pertenecen a la cofradía del Santísimo Rosario, porque llevan el Escapulario o ingresan en alguna congregación mariana; porque llevan el hábito o la cadenilla de la Santísima Virgen, etc. Si alguien les dice que su devoción es una ilusión del demonio y una perniciosa presunción, capaz de perderlos, no le creen; dicen que Dios es bueno y misericordioso; que no nos ha criado para condenarnos; que no hay hombre que no peque; que no morirán sin confesión; que un buen *peccavi* en la hora de la muerte les basta; demás de esto, que yan son devotos de la Santísima Virgen, que llevan el Escapulario; que rezan todos los días, y está sin que sea ostentación y vanidad, siete Padrenuestros y Avemarias en su honor; que hasta rezan algunas veces el Rosario y el oficio de la Virgen; que ayunan, etc. Para confirmar lo que dicen y obstinarse más en su ceguera, refieren algunas historias, verdaderas o falsas, que para ellos es lo mismo, las cuales han oído o leyeron en los libros, en donde se atestiguan, que personas muertas en pecado mortal, sin confesarse, en atención a que durante su vida rezaban algunas oraciones o practicaban algunas devociones a la Santísima Virgen, o han resucitado para confesarse, o ha permanecido su alma milagrosamente en el cuerpo hasta alcanzar la confesión, o por la misericordia de María han obtenido de Dios, en la hora de la muerte, la contrición y el perdón de sus pecados y, por tanto, su salvación, esperando ellos que le suceda otro tanto. Nada hay en el cristianismo que sea tan dañoso a las almas como esta presunción diabólica: porque ¿podría acaso decir con verdad que honra y ama a la Santísima Virgen quien con sus pecados hiere, atraviesa, crucifica y ultraja sin piedad a Jesucristo su Hijo? Si María tuviera que salvar por su misericordia a esta clase de gentes, autorizaría el crimen, ayudaría a crucificar y ultrajar a su divino Hijo, y esto ¿quién se atreverá jamás a pensarlo?

»Abusar así de la devoción a María, la cual después de la devoción al Santísimo Sacramento es la más santa y sólida, es, a mi juicio, cometer un horrible sacrilegio, que después del de una Comunión recibida en pecado mortal, es el mayor y menos digno de perdón.

»Confieso que, para ser devoto de la Santísima Virgen, no es absolutamente necesario tener tal santidad que se evite todo pecado, aunque esto sería lo más deseable; sino que se necesita por lo menos (y fijese bien en lo que voy a decir): 1.º vivir en una resolución sincera de evitar, por lo menos, todo pecado mortal, que ultraje a la Madre lo mismo que al Hijo; 2.º hacerse violencia para no cometer el pecado; 3.º ingresar en las cofradías, rezar el Rosario, los quince misterios u otras oraciones, ayunar los sábados, etc. Esto es de una maravillosa eficacia para conseguir la conversión

de un pecador, por más endurecido que esté; y si tal fuese mi lector, aun cuando se encontrase con un pie en el abismo, que siga mi consejo; pero a condición de que las obras buenas que practique, las haga sólo con la intención de obtener de Dios, por la intercesión de María, la gracia de la contrición y del perdón de sus pecados y de vencer sus malos hábitos, y no permanecer pacíficamente en el estado de la culpa, resistiendo a los remordimientos de su conciencia, al ejemplo de los santos y a las máximas del santo Evangelio.»

Un Esclavo

Bibliografías

La Comunión Eucarística contemplando el Nacimiento de Jesucristo.

Este precioso opúsculo escrito en estilo elegante y sencillo por el sabio y piísimo *Dr. D. José Tudurí Moll*, Canónigo Lectoral de la S. I. C. de Menorca contiene devotas consideraciones para antes y después de la Comunión, según el espíritu de San Alfonso María de Ligorio, seguidas del Ordinario de la Santa Misa y la traducción castellana de las de Navidad y Santísimo Sacramento. Todo muy propio para enfervorizar a las almas y llenarlas de amor hacia estos misterios tan encantadores y tiernos, que a quien los medita con atención tiene que sentir su corazón arrastrado por la hermosura de ellos.

Recomendamos a nuestros piadosos lectores este devoto opúsculo, el cual se halla de venta al precio de **75 céntimos** uno, y al por mayor y libreros el **25 por 100** de descuento, casa del editor *D. Rafael Casulleras*, Clarís, 15, Barcelona.

Jesús. Conferencias apologéticas sobre la Divinidad de N. S. J. C., por *M. Cagnac*, versión castellana por *D. Francisco Díaz*, Pbro.

No podemos menos de alabar al traductor porque da a conocer una obra tan preciosa que reúne sabiduría, claridad y piedad en lo que expone.

No dudamos que todo el que la lea quedará más y más afirmado en la grandeza de nuestra fe, con sus verdades tan evidentes, tan hermosas y tan atrayentes.

El traductor hace una versión muy correcta, usando de toda la galanura y belleza de nuestro rico idioma.

Libros como éste deberían andar en las manos de todos, para leerlos, meditarlos y asimilar profundamente sus enseñanzas.

Los pedidos pueden hacerse a esta Administración, siendo su precio **1'50 Ptas.** ejemplar.

Está a la venta el Tomo primero y segundo
de **TEOLOGÍA MARIANA** de Don Francisco Salvador Ramón.

Su precio es cinco pesetas en rústica, más gastos de correo
y certificado.



Sección Canónica

LOS PÁRROCOS EN LA LEGISLACIÓN CANÓNICA VIGENTE.

XIX

Deberes del Párroco de conocer a sus feligreses, corregir a los delincuentes amparar a los pobres y adoctrinar a los niños.

Canon 467 del Código de Derecho Canónico § 1. (Conclusión)

«Debet Parochus... suas oves cognoscere et errantes prudenter corrigere, pauperes ac miseros paterna caritate complecti, maximam curam adhibere in catholica puerorum institutione.»

1.º El Párroco debe conocer a sus feligreses.

Tiene el ministro parroquial un modelo y magisterio insuperable en la conducta de nuestro Divino Salvador Jesús, durante el periodo de su vida pública. Qué celo y qué actividad la del Divino Maestro; cómo cruza en todas direcciones la Palestina y recorre las villas y lugares, lo mismo que las grandes ciudades. El predica a las muchedumbres, evangeliza a los labriegos, acoge cariñosamente a los niños, come con los pecadores y publicanos, discute con los soberbios fariseos, y enseña en las sinagogas.

Para curar las enfermedades de las almas que venía a salvar, como Dios que era, y dotado como hombre de inefables tesoros de ciencia, no necesitaba un estudio especial de los pueblos e individuos a que había limitado su acción Evangelizadora; pero con su conducta quiso llamar la atención de los que habían de ser enviados por El para cuidar de las almas, acerca de la importancia de este requisito, cuya falta había de malograr tantos apostolados. Por eso declara terminantemente, que la primera condición que ha de llenar un buen pastor de almas, es la de conocer a sus ovejas: «Ego suum Pastor bonus, et cognosco oves meas.» (San Juan, X, 14.)

Este deber del buen Pastor de almas, que tan alta ejemplaridad tiene en nuestro Señor Jesucristo, encuentra su origen y su raíz en el mismo derecho divino natural. Funciones de padre, de médico, de maestro, y por cierto de algo tan íntimo como el alma, ha de ejercer el Párroco cerca de los feligreses. ¿Y cómo acertará en la corrección y educación de sus hijos, si antes no ha conocido sus flacos e inclinaciones, sus propensiones y circunstancias?.. Cómo aplicar el remedio congruo y eficaz a las llagas y dolencias morales de pueblos e individuos, si desconoce el estado morboso espiritual de los mismos?.. Si ignora el camino por donde giran aquellas inteligencias y aquellas voluntades, ¿qué plan de instrucción y de educación puede proponerse en su magisterio?..

La consecuencia de estos razonamientos que tan espontáneamente brotan del análisis del cargo de Cura de almas, exige de los mismos la impe-

riosa necesidad de ir al pueblo y buscarle por todos los medios que la prudencia le sugiera, hoy más que nunca que el pueblo no suele buscar a sus Curas y se mantiene alejado de la iglesia y aún hostil a ella. Ya decía el Concilio de Soissons a sus Párrocos: «non officio suo satisfacisse arbitretur (Parochus), si domi inclusus spectet ut ad ipsum veniant parochiani. Semper equidem valuit, sed hisce præsertim temporibus valet hoc præceptum Domini: Ite ad oves, quæ perierunt domus Israel.»

Esta relación de proximidad y este contacto del buen Cura con sus feligreses, se persuade mucho más si se considera, que un conocimiento superficial de sus parroquianos, o una noticia general de la feligresía, no basta para que pueda realizar las funciones arriba ennumeradas; se requiere el estudio particular de los individuos, y así, lo dijo del buen Pastor, el divino Maestro: «proprias oves vocat nominatim.» (S. Juan, X, 3.)

Ordenado a este fin, tiene dispuesto la Iglesia que lleve el Párroco el libro de «Cura animarum,» de que después hablaremos, sin que dejemos de reconocer las dificultades que este deber entraña en las parroquias muy numerosas, y la discreción, tino y prudencia que su ejecución y práctica reclaman.

2.º El Párroco debe corregir a sus feligreses delincuentes.

Con el sólo enunciado de este deber del buen Cura, ya se ve cuan justificado está el que acabamos de exponer. El Párroco tiene que conocer a sus feligreses para poder corregirlos.

Ya sabemos que hay un precepto evangélico que impone la corrección fraterna, a todos los hombres, en nombre de la virtud divina de la caridad; y la impone *sub gravi, per se*, si se trata de apartar al prójimo de un pecado grave y se cumplen las condiciones que señalan los moralistas. La altísima razón que funda este precepto es, que a ningún hombre puede serle indiferente la salud espiritual de otro hombre. «Si te audierit, lucratus eris fratrem tuum.» (San Mateo 18. 15) ¿Y será indiferente para el Párroco, a quien la Iglesia ha encomendado el cuidado de las almas?..

El deber del Párroco de corregir a sus súbditos delincuentes, había de tener, por lo tanto, otro estímulo más que el del simple cristiano, y así dicen los moralistas con San Alfonso, que no sólo está obligado a cumplirlo por caridad sino también por justicia.

Espanta verdaderamente la responsabilidad que pesa sobre el Párroco, cuando se leen los conceptos que escriben acerca de esta materia los autores de moral: «Tenetur parochus subditos in peccato mortali vel in proximo peccati mortalis periculo versantes corrigere, etiamsi grave periculum subeundum esset (lo cual es una de las razones que excusan de la corrección fraterna) si tamen spes aliqua emendationis affulgere videatur. Debet etiam in quantum potest, cum debita prudentia scandala de medio tollere, vel precavere per se aut per alios, directe, mandato, consilio, exhortatione, precibus, etc...» (Ferreres. Theol. Mor., vol. II) y a continuación el mismo autor: «Debent (Parochi) parochianorum mores investigare, delinquentes corrigere, sustinere vacillantes, et satagere ut omnes suas obligationes obeant semper memoria tenentes, se pro earum animabus esse aliquando rationem reddituros.»

Sin embargo, la gravedad y transcendencia de esta obligación, no ha de amedrentar al Párroco celoso que ante todo cuenta con la gracia de Dios, factor primario, que sólo espera encontrar instrumento cooperador en el

buen Cura, para obrar sus maravillas. También ha de tener presente muchas circunstancias que atenuan o anulan su responsabilidad, especialmente en estos tiempos en que el alejamiento de muchos individuos y familias de la iglesia y del clero, cierran toda esperanza al fruto de la corrección individual, no dejando otro recurso que el de la censura de los vicios y pecados en general desde el púlpito, o por medio de la prensa.

Por último, no dejaremos de notar, que en los casos en que proceda y obligue la corrección, ha de efectuarla, *prudenter*, como dice el Código, haciéndolo en el tiempo, ocasión, oportunidad, forma y modo que revele, que el espíritu que mueve a ello no es sino el amor e interés paternal que siempre ha de caracterizar a un buen Párroco.

3.º El Párroco debe cuidar de sus feligreses pobres.

Siempre ha sido la Iglesia nuestra madre amante de los pobres y de los desgraciados. Este fué uno de los legados preciosos que le dejó Jesu-Cristo. «*Pauperes semper habetis vobiscum.*» (S. Juan, XII. 8.) San Lorenzo al ser requerido por el tirano para que entregara los tesoros de la Iglesia, presentó una turba de pobres invalidos a quienes socorria como administrador de la misma. Siempre han merecido su predilección y maternal solicitud convencida de que el divino Maestro considera como hecho consigo mismo lo que se hace con sus hermanos los pobrecitos. (San Mateo, XXV. 40.) De ahí la institución de los siete diáconos para entender en el cuidado de los pobres; (Hechos de los Apóstoles, X.) las instituciones de beneficencia de que ha llenado el mundo; los privilegios concedidos en el derecho a las causas de los pobres y miserables. Y no quiere decir esto que Jesu-Cristo y su Iglesia no tengan en estima a los ricos; sino que los pobres tienen menos medios y hallan menos ocasiones para vencer en la lucha por la existencia y para instruirse y educarse, y por ello se hacen más acreedores a protección.

Ahora bien; ¿quién encarna y representa a esa Iglesia amante y solícita de los pobres y desvalidos mejor que el Párroco, que es el elemento eclesiástico que más en contacto se pone con ellos?. Por eso, a los Párrocos principalmente toca la ejecución de ese precioso legado de Cristo hecho a su Iglesia, de que decíamos arriba, y en ese concepto se lo recuerda y manda a todos ellos, el canon que venimos exponiendo: «*Parochus debet... pauperes ac miseros paterna caritate complecti...*»

¿Y qué ministerios habrá de comprender la caridad paternal del Párroco con los pobres y con los desvalidos...? En primer lugar, las obras de caridad o misericordia espiritual, como son; la instrucción, el consejo, el consuelo en las aflicciones, el desvío de los peligros a que los lleve su apurada situación, su ignorancia o su miseria. ¡Qué campo tan amplio para el celo de un párroco...! y aunque su misma amplitud impida la labor intensa que tantas atenciones reclaman de un hombre sólo, su celo le inspirará buscar cooperadores en las instituciones sociales parroquiales que para estos efectos se establecen hoy por todas partes. Con gran edificación acabo de leer, que funciona en una parroquia numerosa, una pia Unión que tiene por objeto dar misiones a los pobres y a los obreros, y servirles de tutores y consejeros en su vida particular. En segundo lugar, vienen las obras de caridad o misericordia corporal. Si el párroco ha de cumplir debidamente con este deber, ha de despojarse de todo hábito de codicia, siendo generoso y desprendido hasta el sacrificio. Este es el ideal del Párroco caritativo; y

hoy más que nunca que, con el despojo de los bienes eclesiásticos y con el encarecimiento de la vida, apenas si puede el Cura cubrir con su mezquina dotación las atenciones más indispensables. Por eso, debe también en este sentido buscar cooperadores, organizando la caridad en su feligresía con la fundación de obras benéfico-parroquiales, que como las Conferencias de San Vicente de Paul y otras análogas, pueden remediar las necesidades de los pobres que la caridad individual no siempre es suficiente a conseguir.

4.º El Párroco debe adoctrinar a los niños.

No hemos de detenernos en largas consideraciones acerca de la importancia, interés y trascendencia de este apostolado del Párroco. Bien conocida es la predilección que el Divino Maestro mostró por los niños; la solicitud maternal que por ellos ha sentido en todos tiempos la Iglesia, y los buenos frutos que para la religión y la sociedad rinde la labor que en ellos se emplea.

Como a corderillos de su rebaño, ha de atender el Párroco, primeramente, a apacentarlos con la leche de la buena doctrina; enseñándoles el catecismo que es la base de toda instrucción religiosa.

He aquí las disposiciones que acerca del particular se consignan en el nuevo Código, canon 1330 y siguientes: 1.º Todos los años, en tiempo determinado, y por muchos días continuos, debe el Párroco enseñar a los niños todos aquellos rudimentos de doctrina necesarios, para que reciban convenientemente los Sacramentos de la Penitencia y Confirmación.

2.º Con interés y cuidado especial, ha de instruirlos durante todo el tiempo de Cuaresma, principalmente, para que se dispongan santamente a recibir la Primera Comunión.

3.º Después de la primera Comunión, continuará completando la instrucción de los niños para que frecuenten con mucho fruto este Sacramento.

4.º Puede, y si estuviere legitimamente impedido, debe valerse de la ayuda de los clérigos que viven en el territorio de la Parroquia y aún si fuere preciso, de seglares piadosos, especialmente de los que pertenazcan a la Asociación de la Doctrina Cristiana.

Como se ve ha quedado atenuada un tanto esta obligación respecto del tiempo en que había de cumplirse, pues la Encíclica «Acerbo nimis,» de Pio X, exigía, además, la enseñanza de la doctrina a los niños, todos los domingos del año, sin exceptuar ninguno, y por espacio de una hora entera.

Aparte de esta labor, no es ajeno al ministerio del Párroco, el procurar que la instrucción que los niños reciban en los distintos ramos del saber humano, sea conforme y en nada perjudique a su fe y a su moralidad; pero este punto lo tocaremos al exponer el canon 469, en el que directamente se dispone lo relativo a este deber.

Juan de Dios Ponce
Canónigo Lectoral

APUNTES SOCIALES

La Religión y el mundo actual

MARRUECOS Y ESPAÑA

A la clase de Párrocos.

PODEIS dudar, mis venerables Párrocos españoles, de que la fe popular está tan decaída que apenas si es resorte para inspirar una acción grande o generosa? La filantropía, la humanidad, la... ¡no se qué!... Un espíritu exótico, huero, sin vigor, es el que nos galvaniza a las veces y nos hace aparecer algo que, si bien se profundiza, y no es mucho lo que hace falta ahondar, demuestra bien a las claras que no es oro de verdadera ley el que se exhibe.

Que hay rasgos nobles, generosos, heroicos, ¿quién lo duda? Pero que el espíritu de sacrificio, que sustenta a la verdadera caridad está muy lejos de la generalidad del pueblo español, eso también es evidente. La inmensa mayoría de nuestros hombres, arrastrados por la acomodaticia debilidad de ideas que inspira la educación, que se basa en principios falsos, se convierten en transfugas de todas las convicciones y de todos los procedimientos, acuciados, muy especialmente, por el propio interés, si es que por algún concepto toma parte en los racionamientos o en las obras.

Es necesario salir del estado de indiferencia en que se toman las verdades religiosas sobre todo, con el fin de que los hombres se convenzan de que así como, en contra de los axiomas, todo es irracional, así también en oposición con la verdad revelada, no se puede sustentar doctrina alguna, sea del orden o de la ciencia que quiera. Y de tal manera debemos convencer a los pueblos de esta verdad, que éstos rechacen todo lo que la Iglesia Católica rechaza, y defiendan con entusiasmo las doctrinas del divino Maestro, y sientan ansias de que la religión católica se propague en todas las naciones y en ellas se consolide con indestructible fuerza.

Mientras España no vuelva a sentir de este modo su religión, nosotros afirmamos, sin temor de equivocarnos, que no está suficientemente capacitada para ejercer la benéfica influencia que debe desarrollar en su zona del Mogreb. Con personas que miran con agrado que se favorezca la religión mahometana o judía; es más, que desean que se eduque en sinagogas y mezquitas a los moradores de nuestra zona de influencia, y lo que todavía sube más de punto, con personal director que se opone directamente a la civilización cristiana entre los moros e israelitas, bien seguro es que España nunca llegará al fin de su verdadero protectorado, porque nunca llegará a hermanar con el pueblo que trata de civilizar, como no sea

haciendo una colonia española mahometana, que llegaría a ser el más odioso enemigo de nuestra patria.

Una hojeada a la historia nos hará ver que los españoles se hicieron unos con los visogodos cuando éstos se hicieron católicos, abjurando el arrianismo, y pone a la vista el hecho de que, en ocho siglos, sarracenos y españoles siempre fueron dos pueblos diferentes, inconfundibles, y que así siguen siendo y serán hasta que los hijos de Mahoma se conviertan en hijos de Cristo.

El miedo a tratar de convertir a los mahometanos del norte de Africa es de todo punto irracional y por ser tal, diabólico; pues decidme ¿qué mal puede venir a nuestra patria de ese intento llevado a la práctica? Si el intento fuera ejecutado por el Gobierno Protector, se diría, aunque sin razón, que faltaba a esa cláusula que figura en los tratados y que es esencialmente contraria al fin de los mismos; pues si el fin es civilizar a los que viven en la barbarie, y a este estado deplorable los condujo el mahometismo, mientras éste, causa de la barbarie, no desaparezca, subsistirá la barbarie por el mahometismo engendrada. Esto es evidente.

Ademas, los tratados, el último y los anteriores, podrán prohibir que se moleste a los mogrebinos, por *imponerles* la religión católica a tiros, a cañonazos, a bayonetazos; pero prohibir que se les predique, que se hagan con ellos obras de beneficencia cristiana (no por el fantasma de la humanidad, más por cuenta más alta, por Cristo, por puro amor del Redentor divino, que por todos dió su sangre) eso nadie lo puede prohibir; no hay fuerza humana capaz de sujetar la fuerza irresistible de la palabra de Dios, cuando el Espíritu Santo inspira a los apóstoles la conversión de tales almas o de tal pueblo. La palabra de Dios es más vehemente que la espada de dos filos, es más libre que las águilas, es más irresistible que el simoún del desierto, y abate a los más altos cedros; pero no como juzgan los corifeos y cobardes defensores de la falsa libertad. La religión del Crucificado se impone con hombres que no usan más armas que el Crucifijo, ni más cadenas que el Rosario; que hacen el bien y son recompensados con la muerte, que es lo que recibirán por primera providencia los apóstoles de los judíos y mahometanos del Mogreb.

Y vuelvo a preguntar de nuevo ¿habrá fuerza humana, llámese como quiera, que pueda oponerse racionalmente a ese apostolado divinamente bienhechor? La historia responde negativamente; atengámonos a sus enseñanzas, que ella es la maestra de la vida. Pero si hubiera alguna fuerza entre los hombres capaz de contrarrestar a los apóstoles que, sin temer a nada ni a nadie, vuelan a donde el menor soplo del Espíritu Santo les lleva ¿sería ésta, por ventura, la de unos gobiernos que a medida que son más impíos, son más defensores de la libertad en la emisión del pesamiento, ya por la palabra hablada o escrita? Y ese vuestro amor a la libertad, aunque falso, os obliga, en sana lógica, a dejar libre al predicador de Cristo.

Y ¿cuánto no os obligará a permitir las morales enseñanzas del cristianismo la nefanda responsabilidad que adquirís al tolerar toda clase de enseñanzas desmoralizadoras de palabra y de obra? ¿Es que siempre ha de tener más libertad el vicio que la virtud, el horror que la verdad? Imposible. España despierta, España se levanta, España vuelve a abrazar el escudo y blandir su invicta lanza y quiere volver a ser grande, y quiere volver a las cumbres de la gloria en donde se hizo convecina de los condors, y, al primer enviste de su valor, sacudirá altiva a la plaga de langosta mediatizada, sin ideales ni convicciones, que la enerva, y los sustituirá por hom-

bres, verdaderos varones, de recia complexión más en el alma que en el cuerpo y sabrán, dando su propia sangre, ganar de nuevo para Cristo las almas de los judíos y mahometanos.

¿Hay en España hombres de este temple? ¿Hay los bastantes? Háyalos que no los haya, el formarlos es indispensable, y vuestra es la labor especialmente, Párracos españoles. Haced a vuestros catecismos futuros soldados de Cristo; impregnad en las almas de esas futuras madres el amor al apostolado cristiano y muy particularmente a este apostolado español que hasta la fuerza nos impone.

Mirasol

Enseñanzas de la Divina Infantita a sus Esclavos.

DE manera que ya vemos que la mies es abundante y que lo que hace falta son segadores para ella; eso es lo que Dios Ntro. Señor quiere que le pidamos, uniendo a nuestras súplicas el sacrificio constante. Hemos de rogar y de hacer oración con el objeto de pedir obreros, es decir, sacerdotes celosos y decididos que como Esclavos infatigables vengán a recoger la mies de tantos corazones de niños y niñas que se pierden para Dios porque no hay quien los conquiste. Nada podremos nosotras solas, hijas mías, por más buena voluntad que tengamos, por más esfuerzos que hagamos para ello, puesto que los sacerdotes son indispensables, son los llamados por Dios Ntro. Señor para cosechar en la Esclavitud. Pidamos sacerdotes que es lo que se necesita, y de esa manera, grande será el fruto y muchísimas las almas que se salven. «Mucha es la mies y pocos los trabajadores,» así les dijo Ntro. Señor a los Apóstoles, y les enseñó lo que debían hacer, que era, orar para pedirlos. ¿De qué sirve, hijas mías, que haya en el mundo tal conjunto de almas que salvar, y que veamos una cantidad considerable de niños que se pierden, si no hay quien quiera sacrificarse por salvarlos? Es tan cierto que por abundante que sea la mies, de nada aprovecha, si no hay quien la recoja, que miren Vdes. yo conocí un matrimonio en el que ella era muy indevota, y todavía me parece poco llamarla así, pues si digo que era impía no le hago ninguna ofensa; él era protestante o peor talvez, pues creo era masón, de manera que los dos vivían fuera de la Religión, el marido no teniéndola y la mujer despreciándola; tenían dos hijos, y uno de ellos desde chiquito, por una gracia de esas que Dios hace en las almas, tenía buenas inclinaciones, lloraba porque al acostarse no había quien le rezara, les rogaba a

sus padres y ninguno de los dos quería hacerlo; llegaba y le decía a su padre: «Papá, ¿me tomas la Doctrina?» y él le contestaba: «Quita de aquí, no me hables de eso, no quiero doctrinas.» «Pero yo sí las quiero» le respondía el niño. Pues bueno, el pobre muchachito hacía lo que podía, y él solito se encomendaba a la Santísima Virgen, hasta que hubo una persona que algo le enseñara; yo lo conocí, me lo llevaron y aun cuando era bien poco lo que podíamos hacer por él, sin embargo, creo que se hizo lo que se pudo. Ese niño no sólo se sentía inclinado al bien sino que inclinó después a un hermano mayor que tenía, y creo que hasta la fecha son militares y su buena inclinación no la han perdido, pero es claro que no se sacó de esas almas el fruto que podían haber dado bien dirigidas. Por ahí verán Vdes. lo indispensable que es trabajar por el bien de los niños; muchos son los que hay que salvar, y muchísimas las gracias que Dios concede para que las aprovechemos en bien de ellos. Gracias enteramente gratuitas dones otorgados por la bondad de Dios y de los que nadie debe engrairse, porque son puramente suyos y no han sido concedidos a las criaturas porque ellas tengan méritos propios, ni porque los hayan sabido conquistar, sino únicamente porque Dios les ha hecho esa gracia. Así les dijo también a los Apóstoles; recordarán que hemos leído en una parte del capítulo de este libro que decía: «Os daré poder para que hagáis milagros; resucitaréis a los muertos, curaréis a los leprosos, lanzaréis a los demonios, pero tener entendido que esto lo hago porque es mi voluntad hacerlo así, no por vuestros merecimientos, ni porque esté adeudado con vosotros, sino gratuitamente, para que trabajéis por la gloria de mi Padre y en mi nombre salvéis a las almas; por lo tanto, lo que de balde recibiereis dadlo de balde.» Como quien dice, que no quisieran exigir ninguna recompensa de parte de las almas, ni gratitud, ni alabanzas, ni honores; que no esperaran retribución por sus trabajos, sino que gratuitamente dieran a los demás lo que sólo por gracia habían recibido. ¿Saben esto lo que quiere decir? que nunca debemos nosotros apropiarnos las gracias que nos vienen de Dios; así es que cuando Vdes. las vean en alguna criatura, piensen únicamente en que las ha recibido sin tener ella ningún mérito por su parte, sin haber hecho nada por merecerlas, y solamente por un favor especial de Dios Ntro. Señor. Jamás elogien a nadie, hijas mías; entre los esclavos no debe haber nunca palabras de alabanza y acuérdense siempre, que si las pronuncian sus labios, es para usurparle a Dios una gloria que sólo a El le pertenece y no deben hacerlo; y además, cada alabanza que prodigan a determinada persona, no olviden que es como una súplica que le hacen a Ntro. Señor para que por otro lado la humille, porque es fuerza vivir humillado, y si Dios ve que un alma vive rodeada de alabanzas de cuantos la quieren, es natural que trate de ver de que manera le proporciona humillaciones terribles. Acuérdense que cuando los Apóstoles llegaron satisfechos de que los demonios les obedecían, Ntro. Señor los reprendió diciéndoles: «Ví caer a Satanás del cielo como un rayo» como quien dice: «Esos que ahora os obedecen, cayeron desde lo alto por la soberbia y se precipitaron en el abismo.»

Con que hijas mías, seamos humildes para que Ntro. Señor nos conceda tener una oración buena, una oración en donde vayamos bien humilladas y convencidas de que nada podemos, a rogarle que

nos dé a los Esclavos; es increíble la falta que le hacen al mundo esos sacerdotes, verdaderamente celosos, que se sepan matar por el bien de las almas, y que todo lo sufran por darle gloria a Dios. ¿Se necesitan sacerdotes? no cabe duda; pero no sacerdotes interesados, no sacerdotes que trabajen buscando su conveniencia, su bienestar, su comodidad. No queremos Esclavos que se sacrifiquen por ellos mismos, por su honor, por su prestigio, por su familia, nada de eso; el Esclavo debe prescindir por completo de todo cuanto tiene, y desde el momento en que forme parte de la Esclavitud no ha de volver a ocuparse de otra cosa, porque ya no le pertenece a nadie, ni tiene más familia que la de la Congregación y la de las almas que ha de conquistar con su palabra llena de dulzura, con sus consejos impregnados de buena doctrina, con sus ejemplos en los que resplandezca la humildad y sencillez de corazón. Díganme, ¿cuanto bien no harán esos Esclavos en las almas! ¡Qué feliz no se sentirá toda persona atribulada que se acerque a cualquiera de ellos, al ver que hay un sacerdote que con dulzura le escucha, que le tiene paciencia, que le resuelve sus dudas, que le anima y la consuela cuando sufre! Que bien se siente el alma y que fortalecida para sufrir, cuando en sus tribulaciones y amarguras encuentra otra alma que la alienta y la conforta, que si la ve desanimada, que si se queja de su oración es de pura sequedad, de que Dios se le esconde y eso la desalienta, porque cree que ella es culpable, sabe decirle palabras de esperanza, sabe contestarle lleno de bondad: «no temas, si Dios te deja un poco es para probarte; quiere darle fortaleza a tu alma, quiere animarte para el sacrificio, por eso se te esconde, pero no tengas pena, sufre contenta, no desmayes, sigue adelante que estás en buen camino, y si te humillas alcanzarás la santidad.» ¡Cuántas personas habrá que estén deseosas de frecuentar los Sacramentos, que quieran perfeccionarse en la virtud y sin embargo no pueden porque no encuentran un sacerdote (aquí donde hay tanta necesidad de ellos) que vea por su alma, que se interese por ella, que trabaje para encaminarla a Dios! ¡Cuántas otras sentirán ganas de oración, querrán aprender a hacerla, sentirán algunos llamamientos en su corazón y no hallarán un buen director de conciencia que las quiera guiar por ese camino lleno de dificultades! Para eso nace ahora la Esclavitud, y las almas que necesita han de ser fuertes para pasar por todo.

El Esclavo, ya les digo, no ha de pensar en sí mismo, ni su familia, una vez consagrado a la Esclavitud, tendrá derecho de exigir nada de él. ¿Acaso Dios Ntro. Señor no tiene todo el derecho de disponer de lo que es suyo? ¿Acaso cuando El quiere quitarle a un hijo la vida no puede hacerlo? Y en ese caso yo no creo que los padres se atrevan a ponerle condiciones y le digan: «Sí, te lo llevarás, pero siempre que nos dejes todo arreglado; así es que ya puedes pagar primero todas las deudas que tiene nuestro hijo, luego nos aseguras que para siempre nos seguirás sosteniendo, y siendo así ya puedes disponer de él.» No, hijas mías, a Dios no se le ponen condiciones, porque tiene todo el poder para llevarnos a la hora que es conveniente; de modo que las familias no deben regatearle cuando les hace la gracia inmensa de pedirles a un hijo para que le sirva, ni el hijo debe preocuparse ya del bienestar de su familia. El generoso se entrega a servir a Dios cuando lo llama, se da todo, se da desinteresadamen-

te y le confía a Dios Ntro. Señor todo lo suyo. Así deben hacerlo por lo menos los que realmente sientan el llamamiento para ser Esclavos, y entonces verán como los recompensa la Divina Niña. Un verdadero Esclavo de corazón, amante y rendido que sepa martirizarse por conquistar una sólo alma para Dios, por inclinarla al bien, por enseñarle a practicar la virtud, pudo asegurarles que será poderoso, porque recibirá gracias en abundancia como recibieron los Apóstoles. El Esclavo que viva obedeciendo y humillándose delante de todos, ese hará milagros, sanará leprosos, resucitará muertos, lanzará demonios, como quien dice: triunfará de Satanás, sanará a cuantas almas estén manchadas con la lepra del pecado, resucitará los corazones que se sentían ya muertos y les dará la vida de la gracia. El que es verdaderamente humilde, hijas mías, hace prodigios, y en cambio el soberbio cae porque se atribuye gracias que no son suyas, siendo un usurpador de lo que a Dios sólo le corresponde. «Ví caer a Satanás del cielo como un rayo» dijo Ntro. Señor; y si así cayó un ángel tan hermoso, tan lleno de perfecciones, solamente porque se dejó dominar de un pensamiento de soberbia, ¿qué podemos esperar nosotros que somos unas criaturas miserables y manchadas, llenas de defectos, si no queremos humillarnos!

Amemos la humildad, vencamos nuestras pasiones; la que tenga mal genio y sea propensa a dejarse llevar de la cólera, prométale a Dios Ntro. Señor dominarse por amor suyo; la que sea dura suavícese por amor; la disipada busque constantemente el recogimiento, y verán como de esa manera, contrariándonos a toda hora, despreciándonos a nosotras mismas y buscando a Dios en la oración, conseguiremos los Esclavos y las gracias que necesitamos. No se dejen engañar cuando el demonio les diga que no sirve lo que hacen, que Dios no las escucha y que por eso su oración es de sequedad; no hijas, eso no debe desanimarlas, son pruebas a que Dios Ntro. Señor las sujeta para hacerlas fuertes y darles cada día mayores gracias de esclavitud.

Esta meditación tiene mucho del Reglamento de nuestra Esclavitud; Ntro. Señor decía que nunca debería andar uno sólo de los Apóstoles, sino de dos en dos para que así uno al otro se fortalecieran, y si el uno cae tenga quien lo levante. Si va uno sólo ¿quién lo levantará? Pues así irán siempre los Esclavos y Esclavas, y sea cual fuere la misión que vayan a desempeñar, jamás irán solos, sino que siempre llevarán compañero y se cuidarán mutuamente, ayudándose como hermanos en todos los trabajos y sufrimientos porque hayan de pasar.

Postradas en la presencia de la Divina Niña le rogaremos que mande a los Esclavos, sí, pero que sean hombres decididos a ser Esclavos verdaderos, que no trabajen por interés ninguno, que no busquen su comodidad ni la de su familia, sino que vengan como obreros de Dios, valientes y sufridos, y que sepan vivir en medio de la humillación y la obediencia trabajando solamente por la gloria de Dios, por el amor de la Divina Infantita y por la salvación de las almas. Se necesita que los que sean Esclavos se entreguen a la Esclavitud en cuerpo y alma para poder segar con provecho la mies que Dios nos proporciona en ella y que es muy abundante. ¿Y las familias de esos Esclavos? deben quedar tranquilas; deben hacer de cuenta que

no existen; la familia que quiera dar un hijo o una hija a la Esclavitud ha de pensar que murió por completo para ella desde el momento que lo entregue como Esclavo, pero eso sí, ¡cómo bendicirá Ntro. Señor su sacrificio! ¡Cómo colmará de gracias y protegerá sus casas, al ver el desinterés con que se desprenden de sus hijos para darlos a Dios gratuitamente sin estar esperando la recompensa de ellos mismos, satisfechos de poder darle a Dios un trabajador fervoroso que recoja la hermosísima cosecha de almas que vayan a sus manos.

Sí, hijas mías, no duden que Dios paga generosamente y colma de beneficios a las almas que se desprende de alguna cosa en provecho suyo y para su gloria. Por eso que entre Vdes. no haya quien rechace el sacrificio, que no haya una sólo Esclava que se resista a beber el cáliz de las amarguras que Dios Ntro. Señor les manda; que no aparten de sus labios la copa que contiene la mirra de los trabajos y humillaciones con que el superior las prueba, y que si es verdad que son amargas, son necesarias para el bien de su alma, para su aprovechamiento espiritual, para que su espíritu se fortalezca más y más, porque no cabe duda que mientras mayores son las tribulaciones por donde Dios hace pasar a una alma, más fuerza toma y más firmeza siente para caminar en pos de la santidad. Así es que si Vdes. quieren esa santidad, si Vdes. apetecen llegar a ser verdaderas Esclavas, trabajadoras afanosas de la mies, obreras celosas por la salvación de los niños, que los preparen con empeño, que los instruyan, que los catequicen para Dios y lleguen después a entregarlos a los Esclavos que han de ser los que sieguen esa mies y la corten cuando ya esté sazónada; aprendan a sufrir porque a costa de sufrimientos y sacrificios, a fuerza de desprecios y humillaciones será como logremos el fruto. Y ya les digo, no traten de apartarse los sufrimientos, no rehusen la mirra que se les ofrece y que ha de purificarlas, porque quien no bebe mirra y a toda hora la aparta de sus labios sin apurar el cáliz que la contiene, porque le sabe amarga, quien no busca la Cruz para subir a ella, porque le parece dura y porque no quiere crucificarse, aun cuando haya sido llamado, no será digno de entrar en el Reino de los Cielos.

I. M. R.



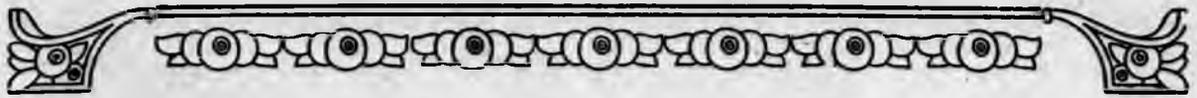
ESTAMPAS ALFA



Estampas **Alfa**. Nueva edición que acaba de publicarse de esta serie, aumentada en 32 modelos, con lo que ya consta de 80.

Las estampas ALFA han sido objeto de la predilección del público devoto, como era de esperar tratándose de estampas preciosas, en que se hermanan de modo admirable la piedad y el arte.

Son estampas de papel matizado, adorno en relieve y orla encarnada, que se venden a **Ptas. 3** el ciento y **Ptas. 27** el millar. Su editor D. Luis Gili (Apartado 415, Barcelona), tiene preparados paquetes de 100 estampas surtidas, con lo que brinda una oportunidad a los lectores que deseen conocer todos los modelos de la serie.



¿Quién es el autor del libro de la Imitación de Cristo?

UNO de los libros más excelentes y sublimes, después de los libros divinos o de la Sagrada Escritura, es el de la *Imitación de Cristo*, o como antes se llamaba: *De Imitatione Christi et contentu ómnium vanitatum mundi*. Todos hacen grandes elogios de este libro, pequeño en el volumen, pero grande en su contenido. ¿Quién, pues, es el autor de esta obra? Hasta ahora no se ha respondido satisfactoriamente a esta pregunta. Alguien ha dicho que el autor de *Imitatione Christi o Contemplus mundi* es Tomás de Kempis, otros que Gerson, muchos que el abad Gersen o San Buenaventura; y como si éstos no bastaran corren también como autores de este celeberrimo libro de oro San Antonio de Padua, San Bernardo y Tomás Gallo. Veamos brevemente la falta de argumentos decisivos para atribuir el libro de la Imitación de Cristo a los autores indicados, menos a San Antonio de Padua,

1.º En primer lugar debemos declarar fuera del combate la paternidad de San Bernardo, porque el libro en el capítulo 50 de la Tercera parte dice, dirigiéndose a Dios: *Nam, quantum unusquisque est in ombistuis, tantum est, et non amplius, ait humilis sactus Franciscus*: cuanto cada uno es en los ojos de Dios, tanto es, y no más, dice el humilde San Francisco. He aquí el único santo citado en el libro de la *Imitación de Cristo*, y por esto dicen varios autores, que esta obra salió de la escuela franciscana, pues antes que San Francisco de Asís imitara en tanta plenitud con su vida y con sus llagas a Cristo no se podía escribir este libro. Mas, sea lo que se quiera de este argumento analógico o de conveniencia, el citado texto demuestra con evidencia que el *Contemptus mundi* se escribió mucho después de San Bernardo, porque el santo doctor de Claraval murió en 1153, y San Francisco no nació hasta casi 30 años después, en 1182.

2.º Tomás Hemerker nació en Kempen en 1380 y vivió con los *Hermanos de la vida común*, fundados en 1340 por Gerardo Groot. Vulgarmente se llamó Tomás de Kempis, y la primera vez que se dió a la imprenta el libro de la *Imitación de Cristo*, fué de un códice de Amberes de 1441, que llevaba la firma de él. Los críticos (Grego-

ry, Tom. II) dicen, que el códice de Amberes llevaba el nombre de Kempis, porque este autor se dedicaba a copiar libros y puso el fin de la copia del códice citado: *finitus et computus anno Domini 1441 per manus fratris Thomæ in monte sancto Agnetis prope Fovoll*, que es donde vivió el P. Kempis. Pero esta inscripción, que es la única razón para atribuir a Tomás Kempis el libro, no decide la cuestión, porque otros códices, que no son ciertamente de él, como la Biblia, terminan casi con las mismas palabras: *finitus et computus anno Domini 1438 in vigilia San Jacobi apostoli per manus fratris Thomæ a Kempis*. La palabra *per manus* indica amanuense en este lugar, y no autor del libro. (Vid. Paravia, *Discorso*, Ateneo di Treviso, 1846.) Por esto el canónigo Buschio en su *Chroincon* habla de los escritos de Tomás de Kempis; pero no hace la menos mención de la *Imitación de Cristo*.

Los códices resolverán esta controversia con toda claridad contra Kempis. El monje tedesco Butzlini afirma que en el norte de Alemania encontró varios códices de la *Imitación de Cristo* y que todos ellos eran anteriores a Tomás Kempis y a Juan Gerson (Gregory 1, pág. 298.) El códice de Arona se halló en 1604, y después de varias discusiones sobre su autor y tiempo, se reunió en París en 1687 una comisión de críticos, paleógrafos y literatos para deliberar sobre este libro. Se confaban en la reunión de la comisión Baluse, Arduino, Notal, Alejandro, Launay, el helenista Du Cange, el orientalista Herbelot, el gran Mabillon Valsio, Cotelier y otros sabios. Si, *peritis in arte credendum est*, todos ellos dijeron que el códice de Arona tenía por lo menos 300 años. Por consiguiente, no podía ser la *Imitación de Cristo* ni de Tomás de Kempis ni de Juan Gerson, porque aun Gerson no hubiera tenido más que 24 años, edad no competente para una obra tan seria. El docto Mabillon encontró otro códice de igual fecha en el monasterio de Cova, Nápoles, como se puede ver en Gregory II, pág. 478. Ultimamente el Sr. Gregory encontró un códice perteneciente a los célebres Abogados de Cerione y que tenía la inscripción: *ad usum fratris Johannis de Pasqualibus ordinis minorum*. De las notas que tenía y de la letra y demás circunstancias declararon los paleógrafos y los críticos que aquel códice de la *Imitación de Cristo* remontaba por lo menos al año 1300, cuando en el mundo no había aun existencia de Tomás de Kempis y de Juan Gerson. El Sr. De Gregory imprimió por primera vez este libro en 1833, en París, con el título: *Codex de Advocatis socii XIII, De Imitatione Christi*. Por lo menos no carecen de probabilidad estos argumentos.

De modo que los códices y los datos aducidos no están con Tomás de Kempis y Juan Gerson sobre la paternidad de la *Imitación de Cristo*.

3.º Como algunos de los códices atribuyen al abad Juan Gesen o Gersen del monasterio de San Esteban de Vercelli el librito en cuestión, los Benedictinos y el Profesor Alejandro Paravia se esfuerzan a demostrar, que la *Imitación de Cristo* pertenece a este Abad, que pudo ver a San Francisco de Asís en 1215 en dicho monasterio y tomarle el pensamiento: *Nam quantum minusquisque est in oculis tuis, tantum est, et non amplius*; o bien podía vivir muchos años, y saber después estas palabras del humilde Serafín de Asís (*Discorso*,

1846.) En 1639 apareció impresa la *Imitación de Cristo* con el nombre de Gersen, y la *Civiltà Cattolica* aducía también algunas razones para atribuir a este Abad el librito en cuestión. Desde entonces se desconfía cada vez más de la paternidad de Kempis.

Contra Gerson, Kempis y Juan Gerson salió el Sr. Spotorno, del ateneo de Génova, que con el nombre de Albo Docilio publicó un tratado, atribuyendo la *Imitación de Cristo* al canónigo regular de San Víctor en París y Prior del monasterio de Vercelli Tomás Gallo, que el P. Rossotti le hace Cisterciense. Tanto para Gersen como para Tomás Gallo no hay más que argumentos de posibilidad. Mientras no se encuentren códices contemporáneos, no se resuelve la controversia, y ya hemos visto que los códices no pasan del año 1300. Con agudezas y conjeturas dirimen estas cuestiones. Además, el texto referente a San Francisco es difícil explicar obviamente con estos dos autores.

4.º Los que atribuyen al seráfico doctor San Buenaventura la paternidad de la *Imitación de Cristo* se fundan en el estilo, abundancia de doctrina, unción seráfica, el fondo de espíritu, la imitación de San Francisco a Jesucristo y el empeño de sus hijos en escribir libros para manifestar esta imitación, etc. Estas razones valen poco o nada ante la crítica. Sin embargo, no debemos pasar en silencio lo que dice el P. Roquette, franciscano, en la *Introducción* a la versión portuguesa de la *Imitación de Cristo*: Que en este libro hay diversidad de estilo; que las dos primeras partes tienen estilo franciscano o de San Buenaventura; la tercera parte tiene estilo distinto, y que bien pudiera ser de Gerson o Gersen; y que la cuarta parte varía también de estilo, y que bien pudiera ser de Tomás de Kempis.

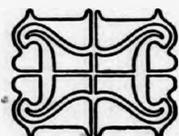
5.º Los únicos datos ciertos de la doctrina del libro de la *Imitación de Cristo* los tenemos únicamente en San Antonio de Padua. Cuando el siervo de Dios P. Fr. María Antonio, llamado el Santo de Tolosa, publicó algunos artículos en este sentido, los mirábamos con cierto desdén y como destituídos de base. Pero hoy, los que quieren hallar vestigios de este libro en Vercelli, todos hacen hincapié en San Antonio, como que copió sus sublimes pensamientos de Gersen o del P. Tomás Gallo. Esta copia no consta; pero, por lo visto, sí que en el Santo Paduano se contiene el fondo de la doctrina de la *Imitación de Cristo*, y esto nos debe bastar casi para decir que este libro es de San Antonio. El código más antiguo de esta sublime obrita es lo que nos dice este Taumaturgo. Hé aquí lo que nos dice el Sr. Paravia en su *Discorso*, pág. 26: «Fray Antonio, de la Orden de Menores, que escribió un *Tratado o verdadero sermón de doce frutos de la Confesión*, que yo no he visto, pero que vió y leyó un erudito amigo mío, Dr. D. Alejandro Torri, que me aseguró que todo él está impregnado de *sentimientos y doctrina de la Imitación de Cristo*».

Luego el dato cierto, y por nadie negado, de que en San Antonio de Padua hay pensamientos abundantes de este libro de oro, es el único y el más antiguo argumento que ha llegado a nosotros. Es fácil que más tarde el P. David de Augusta, Rodolfo de Bibrac o algún otro hijo de San Francisco haya completado la obra de San Antonio con la doctrina de San Buenaventura y de otros místicos de la Edad Media y que haya llegado a nosotros desde los princi-

pios del siglo XIV en la forma actual, sin saber hasta el presente quien es el que nos ha legado este tesoro, que encierra tanto espíritu seráfico.

En este momento quiero olvidarme de las reglas de crítica y guiarme de un patriotismo razonable, porque Portugal y España entonces estaban unidas y San Antonio de Padua fué español, y *sidus Hispanio*, estrella de España le llama el Breviario romano-seráfico. Los alemanes quieren hacer suyo el libro de la *Imitación de Cristo* con Tomás de Kempis; los italianos quieren tener este honor con el Abad Juan Gersen o Gersen, de Canabaco o de Cavaglia; los franceses hacen esfuerzos supremos para atribuirlo a Juan Gerson, canciller de París, y a Tomás Gallo de San Víctor; y los españoles hemos estado dormidos, teniendo o nuestro favor más razón que todos ellos con San Antonio de Padua, pues en los escritos de ningún autor hay más documentos de este precioso libro como en este Santo español, como se puede ver en el *sermón de los doce frutos de la confesion, impregnado de pensamientos de la Imitación de Cristo*. Las bases de este libro son ciertas, se hallan en San Antonio, y la forma podrá ser de otro o de otros; pero la obra se debe atribuir a quien puso los cimientos y los materiales, y éste ciertamente no es otro que el Arca de Testamento, el Armario de la Sagrada Escritura, el Martillo de los herejes, el Santo de los milagros y de todo el mundo, el Taumaturgo paduano.

Fr. Andrés de Ocerin Jáuregui,
O. F. M.



I M P O R T A N T E

Con mucho gusto accede esta Administración a dar facilidades para el pago de las obras que se venden en la misma. Al hacer el pedido indíquese las condiciones en que desean hacer el pago y tengan la seguridad de que serán aceptadas, siempre que los peticionarios sean sacerdotes.



A LOS SACERDOTES ESCLAVOS DE MARÍA DEDICA ESTA SERIE DE SERMONES
UN CANÓNIGO ACCITANO

*Et intrantes domum, invenerunt puerum cum Maria matre
ejus, et procidentes adoraverunt eum; et apertis thesauris suis
obtulerunt ei munera aurum thus et myrrham. (Matt. II, 11.)*

Y entrando en la casa hallaron al Niño con María su madre,
y postrándose lo adoraron: y abiertos sus tesoros le ofrecieron
dones, oro, incienso y mirra.(Id.)

EXCMO. E ILMO. SEÑOR.
AMADOS HERMANOS.

HABIASE regalado el rey Profeta contemplando, diez siglos antes de que naciera el Salvador, esta gloriosa festividad, que nosotros celebramos hoy, veinte siglos hace transcurrida, y había invitado a todas las naciones para que batieran palmas y exhalaran himnos en honor del que había de reinar sobre todas las Gentes. (1) Había contemplado el inspirado rey a Jesús en su trono santo, humilde y gracioso, derramando la paz y la justicia hasta el desaparecer de la luna y por todos los confines de la tierra. Y ante El, adorándolo, vió a los etiopes, y a los reyes de Tarsis y de las islas, ofreciéndoles presentes, y a los de Arabia y Sabá llebándole dones y, con ellos, a todos los reyes de la tierra, reconociéndolo como a supremo Rey, y a todos los gentiles sirviéndolo. (2) A todos los hombres por Dios creados los vió David llegad, adorar y glorificar el nombre del Señor. (3)

Más distintamente, al parecer, el gran Isaias vió desbordarse el amor divino en torrentes de muchas aguas, que, mansos, se encerraban en el corazón del Emmanuel por él profetizado, del Parvulillo nacido de Virgen, y ocho siglos antes, al considerarlo rico y generoso como Dios que era, llamó a todos los pobres para que acudiesen al que tan admirable había de nacer diciéndoles: Todos los que tenéis sed venid a las aguas. (4) Palabras que no parecen otra cosa que un suavísimo y remoto eco de aquellas otras que diría a todos los hombres el mismo Cristo: Venid a mi todos los que

-
- (1) Ps. 46.
(2) Ps. 71.
(3) Ps. 85.
(4) Is. 55,I.

trabajáis y os fatigáis y yo os refrigeraré, (5) decía el Rey divino para atraer a los hombres hacia sí. Y luego, el mismo gran profeta, como si distinguiera más claramente la adoración de los Reyes en el Portal dichoso, golpeando a las puertas de los corazones israelitas con las vehemencias de su elocuentísima inspiración, exclamaba diciendo: «Levántate, o Jerusalén, recibe la luz, porque ha venido tu lumbrera, y ha nacido sobre ti la gloria del Señor... Y a tu luz caminarán las gentes, y los Reyes al resplandor de tu nacimiento. Tiende tu vista al rededor tuyo, y mira: todos esos se han congregado para venir a ti: vendrán de lejos tus hijos, y tus hijas acudirán a ti de todas partes.» (6) Y a la vista de la sublime profecía de la conversión de la Gentilidad a Cristo; a la vista de la inundación de camellos y de dromedarios de Masián y de Efa y de todos los pueblos caminando hacia Jerusalén para adorar al Señor ¿qué de extrañar es que el gran profeta vuelva a exclamar diciendo?: «Yo me regocijaré con sumo gozo en el Señor, y el alma mía se llenará de placer en mi Dios... Porque así como la tierra produce sus plantas y el jardín hace brotar la semilla que se ha sembrado en él, así el Señor Dios hará florecer su justicia y su gloria a la vista de las naciones... Por amor de Jerusalén yo no he de sosegar hasta tanto que su justo nazca, como la luz del día, y resplandezca su Salvador, como brillante antorcha. (7)

Y así había de suceder, en efecto; Cristo a todas las naciones había de manifestarse, a todos los hombres de cualquiera clase y condición que fueran, para que iluminados por la fe llegáramos todo a gozarlo cara a cara. Por este motivo dice S. Agustín: «Los pastores fueron israelitas, los Magos gentiles; aquellos de cerca, éstos de lejos; y unos y otros concurren ante la piedra angular.» Y el Angélico añade: «Hubo entre ellos otra diferencia, pues los Magos fueron sabios y poderosos; los pastores sencillos y viles; se manifestó también, continua Santo Tomás, a los justos, a saber: a Simeón y a Ana, y a los pecadores, tales eran los Magos, y también a los hombres y a las mujeres, para así manifestar que nadie era excluido de la salvación por Cristo.» (8)

Pero no se da por satisfecho el Angélico con declarar esta universal manifestación de Cristo a todos los gentiles en la persona de los Reyes Magos, después, ponderando más la Epifanía de Cristo al mundo y en especial a la Gentilidad, añade: «es creíble que en otras partes del mundo aparecieran indicios de la Natividad de Jesucristo: como en Roma que fluyó aceite y en España que aparecieron tres soles que paulatinamente se reunieron en uno.» (9) Y como quiera que nada hay tan conveniente para nuestras almas como la imitación de los Reyes Magos, en su pronta y generosa resolución de seguir la estrella que los llevó a Cristo, tengo para mí que sea en extremo provechoso para nosotros considerar el modo con que España supo acudir al llamamiento del Rey de Belén, ora hecho mediante esos tres soles que se reunieron en uno, sin que tratemos de contrastar ese hecho históricamente; ora mediante la apostólica predicación.

Mas como Tú, oh Madre Virgen, eres inseparable de estos misterios y

(5) Mat. 11, 28.

(6) Is. 60, 1 al 4.

(7) Is. 61, 10 y 11 y 62 1 y 2.

(8) 3-36 3-c.

(9) Id. ad 3.

nadie más que Tú debió llevarlos al Evangelio, sé Tú, también, la antorcha que nos ilumine el grato sendero que, llevados de tu mano, vamos a recorrer.

AVE MARIA.

Thema ut supra.

En la estrella misteriosa, aparecida a los Reyes Magos, recibieron los gentiles la noticia del nacimiento del Salvador del mundo; de la boca de un hombre la escucharon, por primera vez, los españoles. *Prontos fueron* los Magos para seguir el divino llamamiento, pero no dejaron de acudir veloces los españoles; pues si a la predicación de Santiago fueron pocos los que respondieron, bien puede afirmarse que fueron los bastantes, porque como dice nuestra Historia:

«La propagación de la fe en España fué muy rápida y próxima a los tiempos del Salvador: verificose en tiempos de los apóstoles y se debió en gran parte a estos mismos. La importancia histórica y mercantil de nuestra patria, tanto entre los judíos como entre los romanos, y la fama de la nobleza de carácter y valor de sus habitantes no podían menos de atraer sobre ella las miradas de los Apóstoles.» (10)

Y aunque aquello de los tres soles, reunidos en uno sólo, de que nos habla el Angélico, fuera una fábula ¿no son tres soles verdaderamente, para la nación celtibera, Santiago en Galicia, San Pedro en Tarragona y los Varones Apóstólicos, apareciendo, capitaneados por San Torcuato, en Guadix, para derramar las luces de la verdad por toda nuestra patria hasta unirse, mediante el fuego del divino celo, y fundirse en uno sólo, en el irrompible crisol que, por celestial disposición divina, sustenta nuestro mariano Pilar de Zaragoza, veinte veces ya centenario?

Nada temieron los Reyes Magos, y así también el pueblo celtibero confesó a su Cristo con verdadera gallardía, que no otra cosa era propia del pueblo que no se había rendido jamás, hasta hacerse igual a sus dominadores; cuando se entregaba sabía hacerlo sin regateos. Y si los Reyes del Evangelio *estuvieron prontos a dar sus vidas*, los celtiberos las dieron con tanta generosidad e inusitada fortaleza que admira a la Iglesia toda, y muchos de ellos son los más abultados relieves de sus más esclarecidos ornamentos. Es verdad que «la envidia de los perseguidores paganos privó a la Iglesia de España de las noticias de sus mártires en las primeras persecuciones;» (11) pero es indudable que, en apareciendo el sinnúmero de los imitadores de San Lorenzo, asombró al mundo la calidad de nuestros mártires, y no se podrán tachar de pocos, cuando aparezcan los innumerables de Zaragoza. Y es que si los Magos *ofrecieron mirra*, como España ninguna otra nación ha dado su sangre, su propia vida, por seguir y defender la fe de Cristo.

¿Cómo no han de ser un sólo sol de extraordinaria belleza nuestros triples mártires, obispos, vírgenes y simples fieles, cuando San Agustín proponía los obispos españoles como modelos de fortaleza que imitar a los obispos africanos, sus contemporáneos, cuando la bárbara invasión, y para cantar las glorias de todos, inspiró Dios a Prudencio de Zaragoza, que fué

(10) Hist. Ecles. de España de D. Vicente La Fuente, cap. I. párrafo VI.

(11) Id. párrafo XI.

«el poeta más elevado y sublime que en aquellos siglos y los posteriores consagró su vida a la religión cristiana»? (12)

Y si *oro de sabiduría llevaron los Magos* al Pesebre de Belén ¿no se inicia de una manera harto clara la influencia que la Iglesia Española había de tener en el mundo católico al ofrecernos a nuestra consideración al *aumentador de la fe*, como lo llama la historia, a Osio, obispo de Córdoba, fortaleza de la fe de Constantino y, por consiguiente, causa sapientísima de la paz dada a la Iglesia por el Gran Emperador y de tantas ilustraciones para el mundo que donde quiera representaba a los papas y era el presidente de todos los concilios y asambleas por su sabiduría? Y ¿qué diremos en presencia del Papa San Dámaso, el gran Macenas de San Jerónimo y qué del otro tercer español de quien se lee que «para secundar las altas miras del Santo Pontífice (se refiere a San Dámaso) ocupaba entonces el trono imperial otro español, el gran Teodosio, el mejor de los Emperadores cristianos, a quien la Providencia había destinado para afianzar la obra, todavía vacilante de Constantino»? (13)

Y ¿quién no verá fácilmente en estos tres soles de la humana sabiduría el intensísimo sol de la fe que había de iluminar las inmensas ruinas del Imperio Romano, derruido por los bárbaros, y que había de abrasar a éstas en el fuego de aquella irresistible fe que venció al arrianismo en la España visogoda, y que dió a ésta, por primera vez, la unidad nacional y religiosa que fulguró en el cetro de Recaredo, forjada por San Hermenegildo y San Leandro? Tres nuevos soles que iluminan a España, vienen a refundirse en nuestro admirable San Isidoro, gloria incomparable de la Iglesia Universal.

Pero esto es nada, mezquino prolegómeno de lo que había de ser España en relación con Cristo. Sepultado quedó en el Guadalete el reino goda. Un puñado de católicos españoles hizo frente a la morisma en la cueva de Galión; otro, poco más tarde, pero más organizado, en la Cueva de Covadonga, y ambos abrazados por la Cruz de Sobrarbe y unidos todos por el indestructible lazo de la fe; el pueblo Cántabro y el del Pirineo y los reinos de Navarra y de Aragón, de León y de Castilla, derramando su sangre generosa por la Iglesia de Cristo, y resplandeciendo con el fulgor de miriadas de héroes, con los que se honra la historia de España, y que fuera prolijo enumerar, palmo a palmo vuelven a reconquistar la nación celtibera, hasta que reunidos en un sólo sol, el esplendoroso sol granadino que teje mil caprichosas cresterías en las almenas del palacio de Boabdil, confundidos allí en uno los reinos todos de España, representados en los dos inextinguibles soles, D. Fernando y D^a. Isabel, con el codiciado sol del reino de Granada, surgió el sol, uno de nuestra fecundísima unidad nacional y religiosa, para conseguir la cual, fué preciso la constancia de ocho siglos de lucha, a servicio de la cual se pusieron todos los intereses particulares y públicos, hasta el constante sacrificio de la propia vida.

Y postrándose le adoraron: y, abiertos sus tesoros, le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra. Es, diré brevemente, la Católica España que desde Sobrarbe hasta la Torre de la Vela de la Alhambra de Granada ha vivido siempre abrazada a la Cruz; es San Fernando que recoge en su alma las oraciones de toda España y las ofrece en copa de sacrificios al Dios por quien pelea;

(12) Id. cap. V., párrafo 35.

(13) Id. cap. IV, párrafo 25.

el incienso de su adoración; es, en fin, y gloria imperecedera sea dada a nuestra madre España, la inmortal Isabel la Católica que hace recoger el último maravedí de la España una, para lanzar a nuestro Colón al nuevo Mundo y así fundar el más gigante de los imperios: el de las Españas, y ganar a millones las almas para el Niño de Belén, que a buscarlas vino, y por eso las llamaba por cuantos modos su ingeniosa caridad le sugería.

España era entonces un sol que irradiaba sus rayos a la vez sobre el Nuevo y Novísimo Mundo, descubiertos y conquistados por ella; sobre el norte todo de Europa, en el que se disponía a pelear en contra de las tinieblas, que ya empezaba a dibujar en sus extragos la Reforma y en la región septentrional del Africa, a donde debía seguir a los moros hasta convertirlos a la fe; son tres resplandores de la España que nunca se ha de extinguir, mientras haya admiradores en ella de los tres reyes más grandes que admira la humanidad: D. Fernando V., D^a. Isabel I. y Felipe II.

Pero bueno será recordar una circunstancia muy principal que resalta en la Adoración de los Reyes Magos para contrastarla con la de nuestra España. El texto sagrado dice: «Y entrando en la casa hallaron al Niño con María su madre.» Para atender este pasaje del texto bíblico, en una nación que es eminentemente mariana como la nuestra, nos bastará con traer a la memoria el Pilar, Monserrate, Guadalupe, la Virgen de los Reyes, las Navas, Lepanto, Santo Domingo de Guzmán... Mas ¿a qué empeñarnos en referir lo inenarrable? Para decir en dos palabras cuanto puede afirmarse sobre este punto diremos con un obispo eminentemente mariano lo que él acaba de escribir en una preciosa Pastoral, en la que trata este asunto. «María y España: he aquí dos palabras que aunque parezcan distintas entre sí, apenas pueden separarse la una de la otra...; no se concibe la idea de la nación española sin que al punto venga a resonar en nuestros oídos el eco misterioso de María.» (14) Y es que España, la primera nación gentil que entró en la casa de Jesucristo lo halló con María su Madre y con Ella y en Ella lo buscó y lo siguió siempre, sirviendo al propio tiempo de limpiísima estrella que atrajo a multitud de Reyes y naciones a los pies del Salvador.

Luego España, diremos en resumen, acudió al llamamiento primero de la fe con la prontitud y la generosidad con que lo muestra su historia, escrita con la sangre de sus hijos por defender y propagar la Religión Católica.

Y ahora, mis amados hermanos, y ahora ¿qué debemos hacer nosotros si de veras deseamos ser dignos de nuestros mayores? Mirar, en primer término, a nuestros pueblos que, después de las terribles enseñanzas descritianizadoras de dos siglos, tan soberbios como descreídos, padecen, a no dudarlo, honda enfermedad de tibieza. A los párrocos directamente incumbe esta reforma católico social; nuestra infalible estrella, el Vicario de Cristo, acaba de enseñarlo en uno de sus discursos. Y, cuando hayamos encendido nuestras almas con el fervor de la divina fe, volveremos a saltar nuestras fronteras, y seremos apóstoles donde quiera; en ambas Indias y en la restauración de Europa; pero muy especialmente entre los mahometanos, enemigos de Cristo y de España, que para ellos suenan lo mismo las dos palabras; seremos sus apóstoles, sí, y de este modo acrecentaremos el número de los hijos de Dios con el mundo agareno que arran-

(14) El Sr. Obispo de Sigüenza.

caremos a la barbarie mientras libramos a España de sus más encarnizados enemigos.

Y, cuando esos apostólicos descos inflamen nuestras almas, roguemos a la Reina Inmaculada que haga nacer la legión de sus esclavos, de uno y otro sexo, de los que está profetizado por el Beato Grignon de Montfort, que han de ser los apóstoles de judíos y mahometanos, y pediremos a la Reina nuestra Madre que los españoles se distingan por su prontitud y generosidad entre esos legionarios, y así con los dos más grandes soles que hasta hoy han ilustrado a la Iglesia Universal, Santo Domingo de Guzmán y San Ignacio de Loyola, venga a fulgurar también el sol de la Esclavitud mariana, con lo que estos tres soles españoles se confundirán en uno para cantar las glorias de Cristo y de María, en el glorioso recinto de la Iglesia de los Papas. Amén.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Se ha servido el tomo primero de

Teología Mariana

de D. Francisco Salvador a los Sres. siguientes:

Un tomo a D. J. L., Málaga. — Dos tomos a D. M. C. G., Solsona. — Tres tomos a D. G. M., Madrid.

Se ha servido el TOMO SEGUNDO de la obra de TEOLOGÍA MARIANA de Don Francisco Salvador, a los señores siguientes:

Un tomo a D. J. B., Tarragona. — Un tomo a D. J. L., Málaga. — Dos tomos a D. M. C. G., Solsona. — Tres tomos a D. G. M., Madrid.

Se ha servido el CUESTIONARIO TEOLOGICO de don Francisco Salvador a los señores siguientes:

Seis tomos a D. L. F. B., Almería. — Id. id., a D. M. P., Vich. — Id. id. a H. de G. del A., Madrid. — 18 id. a D. M. C. G., Solsona.

ORATORIA SAGRADA

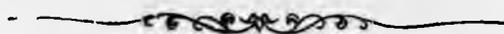
Doce ejemplares a D. E. I., Aragón

SUSCRIPCIONES A LA REVISTA.

D. G. G. A., Plasencia. — D. J. L., Málaga. — D. F. R. M., Solsona. — D. F. G. T., Salamanca. — D. J. C., Melilla. — D. P. L., Navarra.



La última obra del CARDENAL ALMARAZ



LA mano del Emmo. Sr. D. Enrique Almaraz y Santos dió gran impulso a la acción católica social de España, y, sobre todo, al medio más poderoso y eficaz de la misma, como es la Prensa; así es que difícilmente podrá separarse su nombre de toda obra encaminada a que el espíritu cristiano impere en todas las manifestaciones de la vida española. Pero hay una obra en la que puso su amor y todo empeño apenas tomó posesión del Primado de España, aunque desde antes venía alentándola, de la cual sólo ha visto los comienzos.

Se preocupó en gran manera de la intensificación de la obra educativa y civilizadora de España en Marruecos, y, aun siendo Arzobispo de Sevilla, nos alentaba con sus palabras y bendiciones a que prosiguiéramos la campaña que veníamos haciendo en nuestra revista a favor de tan hermoso ideal.

Al enterarse de que parte de nuestra Reducción pretendía pasar a Melilla para estudiar sobre el terreno lo que era más realizable del plan que veníamos proponiendo para que la acción de España penetrase el alma mora y fuese más seguro y eficaz nuestro Protectorado en el Rif, bendijo nuestra iniciativa calificándola de cristianísima y muy patriótica, y la recomendó al Excmo. Sr. Obispo de Málaga, de quien siendo Arcipreste de Huelva dijo, en una ocasión solemne, que unos cuantos hombres de su temple y del de el P. Manjón bastaban para regenerar a España.

Cuando supo que creíamos lo más prudente empezar por establecer asilos en los que pudieran ser educados el mayor número posible de niños moros, nos dijo: *éste será un medio lento, pero eficazísimo y seguro de que el espíritu de España se infiltre en Marruecos; pido al Señor que les proporcione medios para que pronto puedan fundar muchos asilos, porque estoy seguro de que, aparte de la obra tan propia del celo sacerdotal que realicen en ellos, cada asilo será un formidable castillo que defienda el honor nacional.*

Se propuso el proyecto de fundación de dichos asilos, empezando por establecer uno en Melilla, y, bien porque la idea de atender exclusivamente a la educación de la niñez mora pareció demasiado exclusivista, y, sobre todo, porque se impone atender al remedio o mitigación de una de las más transcendentales y tristes consecuen-

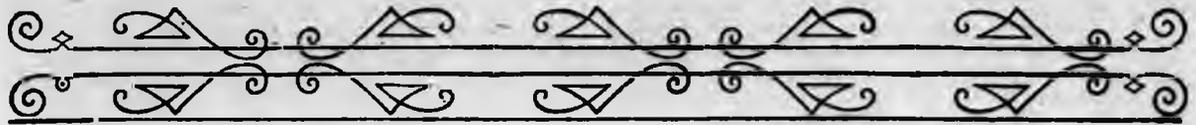
cias de las guerra, como es el desamparo en que quedan los hijos de nuestros soldados que mueren o se inutilizan en defensa de la Patria, se modificó el pensamiento, de modo que en dichos asilos se diera cabida y educación a los hijos de los indicados héroes, sin desatender a los huérfanos moros.

Las noticias de esta reforma en el proyecto llegó al Cardenal Almaraz cuando estaba próximo el último momento de su vida, y a la persona de su intimidad que le hablaba de ello, lo cual en otras ocasiones conversaba con él acerca de los proyectados asilos, dijo: *está visto que la historia y la Providencia quiere que siempre estén unidos moros y cristianos; así y todo continúa pareciéndome hermoso el proyecto y pido a Dios que pronto empiece a producir sus frutos.*

Murió antes de saber que para la fundación del primer asilo ya hay terreno en Melilla, que la Junta de arbitrios. (Ayuntamiento) coopera con quince mil pesetas, que los Ayuntamientos de Almería e Instinción han acordado contribuir al mismo con cuanto les permita su situación económica, que cabildos catedrales y muchas instituciones católicas han ofrecido espontáneamente su concurso y que menudean las promesas de distinguidas personas.

Sin duda la protección que nos dispensó en vida, la ha ratificado en el cielo, desde donde sigue dando vida a la obra que él hizo nacer con su estímulo y bendición.





Algo práctico de nuestra campaña.

Con el título: OBRA IMPORTANTÍSIMA DE PACÍFICA PENETRACIÓN DE ESPAÑA EN MARRUECOS, PERO SEGURA Y EFICAZ, publica *El Cronista de Málaga*, lo siguiente, que reproducimos, dando las gracias a nuestro indicado colega:

«España entera tiene puesto sus ojos en Marruecos. El desastre del pasado Julio ha operado una vigorosa reacción patriótica y el estudio de los hombres públicos, el sacrificio de los poderosos, las iniciativas de los genios y los medios todos que puede inspirar el amor a la Patria, convergen a fortalecer la acción de España en Marruecos.

«Unos procuran mejorar las condiciones del soldado; quiénes se esfuerzan por mitigar las enfermedades y heridas propias de la guerra; aquéllos tienden a aumentar los medios guerreros de la nación; éstos se preocupan por la fundación de periódicos, que sirvan como de avanzada al protectorado de España en el Rif; y no pocos piensan en la escuela como poderoso medio de infiltración del espíritu español en el alma mora.

«Veces hay en que es muy difícil disimular la satisfacción que produce oír en un corro de buenos españoles, los medios que cada uno cree los más conducentes para salvar íntegro y con toda gloria el honor nacional, porque en todos se ve el deseo del buen hijo por el mayor prestigio de su Madre.

«Pero entre todos esos medios hemos oído uno que está ganando mucho terreno; que cuanto más se piensa en él más simpático se hace: que remedia una de las más tristes consecuencias de la guerra y es garantía de la penetración de España en Marruecos; que cuenta con la aprobación de altísimas personalidades y con el entusiasmo y apoyo de las autoridades de Melilla, no menos que con la bendición de ilustrísimos prelados.

«Se proyecta la fundación de asilos, empezando por Melilla, en los que puedan ser recibidos y educados los hijos de nuestros soldados que mueran o se inutilicen en campaña y también el mayor número posible de niños moros.

«Con lo primero se atiende a remediar el desamparo en que quedan los hijos de los que perecen o se inutilizan en defensa de la Patria

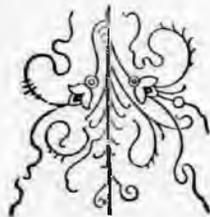
sin ser individuo de la oficialidad; desamparo que, aunque ha debido excitar la caridad de todos, preocupados, sin duda, por otras cosas de más bulto de momento, poco o nadie ha parado su atención en que si es justo llegar hasta el mimo con los que defienden el honor nacional, no lo es menos dar a los soldados casados la sensación segura de que si ellos perecieran o se inutilizaran en campaña, sus hijos tendrían quienes los atendiesen, los educara y se preocupasen por su porvenir.

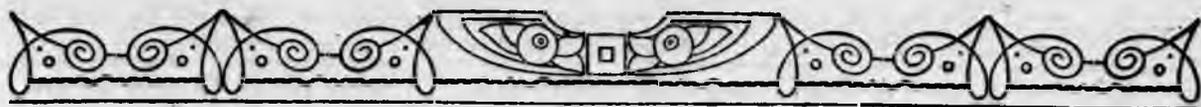
»Con lo seguido se atiende a infiltrar en la niñez mora conocimiento de España, sus costumbres, su religión, su lengua y a comunicarle sentimientos e ideales como los nuestros; se intenta españolizar a los niños, que todavía no tienen a España prevenciones y odios, y cuyos corazones son moldeables por la educación. Los niños moros de ahora, españolizados serán, sin duda, más tarde, españolizantes entre los suyos, sobre todo si se procura dar carrera literaria a los que tengan condiciones para ello, y así España conquistará al Rif, lo cual difícilmente se conseguirá solamente con las armas, porque la conquista por la fuerza no es verdadera conquista, máxime cuando la misión de España en Marruecos es la de un protectorado civilizador.

»Así lo han entendido las autoridades de Melilla, y con verdadero entusiasmo han acordado conceder para la fundación de uno de dichos asilos amplio terreno y quince mil pesetas para contribuir a la construcción pronta de edificio adecuado al objeto. Algunos Ayuntamientos han acordado prestar también su cooperación; los ofrecimientos particulares menudean y de esperar es que España entera contribuya a la pronta realización de obra tan caritativa como patriótica.

»Nos consta que nuestro Exmo. Prelado no es ajeno a esta tan hermosa empresa.

»Los donativos pueden remitirse o a la Dirección de ESCLAVA Y REINA. Guadix (Granada,) o a la Secretaría de Cámara y Gobierno del Obispado de Málaga, o al Sr. Vicario Eclesiástico de Melilla »





Esclava y Reina en Marruecos.

Por Abd-er-Rahaman.

RO se ocultará a nuestros lectores que hay en **ESCLAVA Y REINA** una tendencia altamente especulativa y otra eminentemente práctica. Siguiendo el primer camino llevamos a nuestras columnas cuanto de más escogido hallamos en las teorías de los diversos ramos del saber eclesiástico, y, mirando a la práctica, tratamos las cuestiones sociales, desde el altísimo punto religioso que determina la profética mirada del Beato Grignon de Montfort, hasta la más atrevida realidad que puede tocar el espíritu apostólico que inspira en las almas católicas la gigante Esclavitud Mariana, enseñada por el vidente montfortiano.

Por este motivo rogamos a nuestros lectores tengan a bien seguirnos en el conato que tanto nos preocupa de llevar a la práctica, en cuanto esté de nuestra parte, la civilización de Marruecos, asunto que sobre ser el más ingente empeño que hoy puede preocupar a los católicos del mundo todo es una empresa de elevada acción patriótica para cuantos de veras quieran merecer tener por madre a la católica nación española.

No creimos defraudar a nuestros lectores si por un momento, dando de mano a otros trabajos, nos dedicáramos especialmente a recoger impresiones directas en Africa y las trasmitáramos a nuestras columnas con toda la sincera verdad que el ser sacerdote cristiano nos impone.

Rogamos, pues, a nuestros lectores dispensen que no aparezcan algunas secciones en este número puramente científicas y dispónganse a saber en cambio lo que por acá se dice y lo que veamos que se hace en orden a civilización.

Hemos visitado hasta muy humildes poblados de América en las más apartadas regiones. Creíamos que en orden a civilización era imposible ver algo más bajo, pero hoy, hoy mismo, hemos visitado un zoco a las puertas de Melilla y hemos sentido una tan dolorosa im-

presión en nuestra alma, que si no hemos llorado ha sido por el temor de que los moros que nos rodeaban creyeran signo de debilidad nuestras amargas lágrimas, cuando fueran de dolor capaz de movernos a dar la vida por aquellos hombres, mujeres y niños en los que ostentaba, cruelmente asida a las chilabas harapientas y a las sucias desnudes, su bárbaro triunfo, la pobreza humillante que impone la ignorancia.

Hemos tomado te con unos moros amigos de España. ¡Cuántas cosas desagradables, ojalá que no fueran verdaderas, les hemos oído decir! Les hemos hablado en cristiano, de caridad, de purísima caridad de Dios y no sólo nos entendían, pensamos que se unían a nosotros con sus almas y que en lo íntimo de sus corazones exclamaban diciendo: ¡Si así hicieran los españoles qué buena sería España!

